

# SALUDEMOS AL VERANO

Por ROMAN ESCOHOTADO

Cuatro amigos que tengo todavía—y que, en verdad, ignoro lo que puedan durarme—saben bien que me gusta la verde primavera. Por lo tanto, el verano, que viene cada año a asesinarla, a terminar con ella, no ha sido nunca gente de mi predilección. Si ahora vengo a cantarle, es cosa del dinero, puesto que un periodista vive de lo que escribe en los periódicos. (Acaso también sea porque de mi querida primavera he hablado demasiado y tal vez me remuerde la conciencia.)

guos, que llevan a la Virgen de Agosto por las eras y vuelven a Galicia y Portugal—que viene a ser lo mismo—en el mes de septiembre. Si ahora tomo el pañuelo y saludo al verano con su blanco aleteo, no se extrañe el verano de mi honrada mudanza. El viene a ser, al fin, como el padre moreno de la tierra. ¡Dios le guarde!

Alzo por él mi copa de cerveza, en silencio, lo cual es menos frívolo de lo que se supone. Así la alzó, por siempre—y todavía se tiene en pie en París (que ya es tenerse, aunque sea



¡Ay, la ciudad ahogada, desnudándose al sol! «El mundo es un pañuelo», dice la buena gente. Pañuelo del verano, que tiene cuatro esquinas: una para la blusa—que se clarea y todo—de la novia, otra para San Juan, otra para San Pedro, otra para los bravos segadores del trigo, somnolientos, anti-

en el Louvre)—el gesto aquél del hábil Duramesu que le puso al verano rostro de diosa Ceres. Y pienso, cuando brindo sin palabras, en todo lo que el tiempo del estío entrega al hombre. Pues se llenan de grano, que es harina más tarde y luego pan, las casas campesinas, entre julio y agosto.